

Asunción de la Virgen María

XX domingo Tiempo Ordinario

15 de agosto de 2021

- **Ap 11, 19a; 12, 1-6a. 10ab.** Una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies.
- **Sal 44.** De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir.
- **1 Cor 15, 20-27a.** Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo.
- **Lc 1, 39-56.** El Poderoso ha hecho obras grandes en mí: enaltece a los humildes.

En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

María dijo:

*«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humildad de su esclava.*

*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles de generación en
generación.*

Él hace proezas con su brazo:

*dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos*

*y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán
y su descendencia por siempre».*
María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

(Lucas 1, 39-56)

1. Desde la Palabra de Dios

El texto de la Visitación de María a Isabel tiene dos partes diferenciadas: las palabras de elogio de Isabel y la oración del Magníficat proclamada por María.

La Virgen deja Nazaret con un viaje que supondría quizás una semana en burro, hasta esa localidad en los montes de Judea, cerca de Jerusalén. Lucas muestra así la sensibilidad de María, que no se limita a esperar a su Hijo en la tranquilidad de Galilea, sino que se pone en el camino de la caridad solidaria para ayudar a su anciana prima. María camina «deprisa», porque, como decía San Ambrosio, “la gracia del Espíritu Santo no comporta lentitud”.

Apenas María entra en casa y saluda a Isabel, el pequeño Juan da un salto. Como David saltaba y danzaba ante el Arca de la Alianza, Juan salta en el seno materno ante María, el Arca de la Nueva Alianza, la primera Custodia que procesiona con el Señor. Ese “homenaje” que Juan rinde a Jesús, será el que marque su vida: «después de mí viene uno que es más fuerte que yo y al cuál no soy digno de desatar las correas de sus sandalias» (Mc 1,7).

Las palabras de Isabel «¡bendita tú *entre las mujeres* y bendito el fruto de tu vientre!» son una especie de superlativo semita: eres la mayor de las mujeres porque has sido bendecida por Dios.

El Magnificat, pues, será la interpretación de lo que significa esa bendición por parte de Dios: María se considera parte de los «anawim», de los “pobres de Dios”. Los pobres, en el sentido estrictamente bíblico, son los que ponen en Dios una confianza total; por esto han de ser considerados como la mejor parte del pueblo de Israel. En cambio los orgullosos son los que ponen toda su confianza en sí mismos.

De ahí que María proclame que los pobres tienen motivos para la alegría porque Dios glorifica a los *anawim* y desprecia a los orgullosos. En definitiva María celebra todo lo que Dios ha hecho en ella. Gozo y gratitud caracterizan este himno de salvación, que reconoce grande a Dios, pero que también hace grande a quien lo canta.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Cuando el hombre puso un pie en la Luna, se dijo una frase que se hizo famosa: «Este es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad». De hecho, la humanidad había alcanzado un hito histórico. Pero hoy, en la Asunción de María al Cielo, celebramos una conquista infinitamente más grande. La Virgen ha puesto sus pies en el paraíso: no ha ido solo en espíritu, sino también con el cuerpo, toda ella. Este paso de la pequeña Virgen de Nazaret ha sido el gran salto hacia delante de la humanidad. De poco sirve ir a la Luna si no vivimos como hermanos en la Tierra. Pero que una de nosotros viva en el Cielo con el cuerpo nos da esperanza: entendemos que somos valiosos, destinados a resucitar. Dios no dejará desvanecer nuestro cuerpo en la nada. ¡Con Dios nada se pierde! En María se alcanza la meta y tenemos ante nuestros ojos la razón por la que caminamos: no para conquistar las cosas de aquí abajo, que se desvanecen, sino para conquistar la patria de allá

arriba, que es para siempre. Y la Virgen es la estrella que nos orienta. Ella ha ido primero. Ella, como enseña el Concilio, «precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo» (Lumen gentium, 68). ¿Qué nos aconseja nuestra Madre? Hoy en el Evangelio lo primero que dice es «engrandece mi alma al Señor» (Lc 1, 46). Nosotros, acostumbrados a escuchar estas palabras, quizá ya no hagamos caso a su significado. Engrandecer literalmente significa “hacer grande”, engrandecer. María “engrandece al Señor”: no los problemas, que tampoco le faltaban en ese momento, sino al Señor. ¡Cuántas veces, en cambio, nos dejamos vencer por las dificultades y absorber por los miedos! La Virgen no, porque pone a Dios como primera grandeza de la vida. De aquí surge el Magnificat, de aquí nace la alegría: no de la ausencia de los problemas, que antes o después llegan, sino que la alegría nace de la presencia de Dios que nos ayuda, que está cerca de nosotros. Porque Dios es grande. Y sobre todo, Dios mira a los pequeños. Nosotros somos su debilidad de amor: Dios mira y ama a los pequeños.

María, de hecho, se reconoce pequeña y exalta las «maravillas» (v. 49) que el Señor ha hecho en ella. ¿Cuáles? Sobre todo el don inesperado de la vida. María es virgen y se queda embarazada; y también Isabel, que era anciana, espera un hijo. El Señor hace maravillas con los pequeños, con quien no se cree grande sino que da gran espacio a Dios en la vida. Él extiende su misericordia sobre quien confía en Él y enaltece a los humildes. María alaba a Dios por esto.

Y nosotros —podemos preguntarnos— ¿nos acordamos de alabar a Dios? ¿Le damos las gracias por las maravillas que hace por nosotros? ¿Por cada jornada que nos regala, porque nos ama y nos perdona siempre, por su ternura? ¿Y por habernos dado a su Madre, por los hermanos y las hermanas que nos pone en el camino, porque nos ha abierto el

Cielo? ¿Nosotros damos las gracias a Dios, alabamos a Dios por estas cosas? Si olvidamos el bien, el corazón se encoge. Pero si, como María, recordamos las maravillas que el Señor realiza, si al menos una vez al día lo magnificamos, entonces damos un gran paso adelante. Una vez al día podemos decir: “Yo alabo al Señor”, “Bendito sea el Señor”: es una pequeña oración de alabanza. Esto es alabar a Dios. El corazón, con esta pequeña oración, se dilatará, la alegría aumentará. Pidamos a la Virgen, puerta del Cielo, la gracia de iniciar cada día alzando la mirada hacia el cielo, hacia Dios, para decirle: “¡Gracias!”, como dicen los pequeños a los grandes.

(Papa Francisco. Angelus, 15/08/2020)

3. Desde el fondo del alma

Cuantas veces siendo niño te recé,
con mis besos te decía que te amaba,
poco a poco, con el tiempo, olvidándome de ti,
por caminos que se alejan me perdí.

Hoy he vuelto, Madre, a recordar
cuantas cosas dije ante tu altar,
y al rezarte puedo comprender
que una Madre no se cansa de esperar.

Al regreso, me encendías una luz,
sonriendo desde lejos me esperabas,
en la mesa la comida aún caliente y el mantel
y tu abrazo en mi alegría de volver.

Aunque el hijo se alejara del hogar,
una madre siempre espera su regreso,
que el regalo más hermoso
que a los hijos da el Señor
es su madre y el milagro de su amor.